SUPLEMENTO
LITERARIO DE
PAGINA/12
AÑO V Nº 349
11 • 7 • 2004



PIOVANO / AVILA

Los iracundos

Hace cincuenta años, antes del primer LP de los Beatles, comenzaba a formarse en Inglaterra una generación de jóvenes inconformistas que pasaron a la historia como los *angry young men*: Kingsley Amis, John Osborne y Arnold Wesker, entre otros. Radarlibros los recuerda, como corresponde, con ira.

Pasiones recobradas

POR SERGIO DI NUCCI

Como recuerda un poema de Philip Larkin, los *angry young men* (jóvenes iracundos) fueron los primeros que en Inglaterra pusieron el sexo en un primer plano antes del primer LP de los Beatles. La novela *Lucky Jim* (1954) de Kingsley Amis fue el puntapié inicial, la primera obra de ficción del poeta que se convirtió, para sorpresa de su autor, en un rápido e incómodo *best-seller* y en el símbolo de una generación en movimiento. Sólo unos meses antes se había publicado *Sigamos bajando* del también poeta, también inesperado *best-seller,* John Wain. En una Argentina entonces más atenta a las obras provocativas que a las sedantes, la novela mereció una traducción de J. R. Wilcock que supera al original, publicada en la editorial La Isla, y que no ha sido reeditada. En teatro, *Recordando con ira* (1956) y las otras obras de John Osborne (traducidas por la editorial de la revista *Sur*) como los "dramas de pileta de lavar los platos sucios" (*kitchen-sink dramas*) de Arnold Wesker (traducidas en Losada), fueron un éxito puesto y repuesto en escena en Argentina. Más aún, Wesker parece un autor argentino por su crueldad de entrecasa con sus madres oprimentes, sus varones que no saben sacudirse la opresión femenina y que sucumben a un humor de recluso o a proyectos políticos destinados al fracaso. También el *free cinema* inglés de los '50 y '60 nació de las versiones de novelas de *angry young men*: las epopeyas de proletarios que ascendían, o descendían más, socialmente.

En 1951, el filósofo religioso Leslie Allen Paul publicó un volumen titulado *Angry Young Man*, historia de un marxista que en los años de entreguerras exalta la lucha de clases para terminar convertido al cristianismo. Pero la expresión que definiría a los jóvenes iracundos entró en el uso popular sólo después de representada la obra de Osborne en el Royal Court Theatre, el 8 de mayo de 1956. El protagonista de *Recordando con ira* es Jimmy Porter, cuyo nombre va unido al de Lucky Jim. Jimmy es un nostálgico que oculta bajo la máscara de la lucha de clases sus propias tensiones sexuales, y que maltrata a su mujer porque proviene de una honorable familia, y porque, en suma, las mujeres no lo atraen tanto. Las protestas de Jimmy en contra de la monótona, fosilizada vida inglesa encontraron eco en el público, que parecía reconocer en el actor a un íntimo confesor.

Mambo italiano

"Nadie quiere más poemas sobre filósofos o pintores o novelistas o galerías de arte o mitología o ciudades extranjeras u otros poemas. Al menos, tengo la esperanza de que nadie los quiera." Con este manifiesto, Kingsley Amis disparaba contra la atmósfera sofocante de la alta cultura británica de la posguerra, la ceguera de esta cultura ante las urgencias de una vida cotidiana durante los años de la descolonización y la caída ya indefectible del Imperio Británico. Fueron años de austeridad y represión internas.

En aquella asfixia social y cultural asoma la respuesta a una pregunta que reincide en las antologías: ¿cuáles eran los motivos de ira en estos jóvenes iracundos, es decir, qué les hizo Inglaterra? El ideario de los *angry young men* se identificó muchas veces con una nueva sobriedad y con un placer desesperado por la comedia negra, la sátira y la iconoclastia. Cansados del internacionalismo cosmopolita, de la experimentación vanguardista, lo estaban más del individualismo romántico, de la figura del artista tortuoso, de la religiosidad y el martirio sensiblero que habían favorecido a muchos escritores de entreguerras (no a todos, porque ellos elegían como modelos favoritos a escritores de prosa sintética y astringente, como George Orwell y Christopher Isherwood). Los *angry young men* eran escépticos y democráticos y en la figura del héroe encontraban motivos de carcajadas. Inglaterra ya había perdido el control del mundo y las opciones comunismo o nacionalismo fervoroso eran ahora del todo inapropiadas. Los poetas a los que se agrupa bajo el nombre The Movement (Philip Larkin, Amis, Wain, D. J. Enright) se vieron, alternativamente, como la respuesta mejor articulada tanto a la bohemia irresponsable como el academicismo demasiado centrado sobre sí mismo. Políticamente muy incorrectos, cáusticos e intolerantes, no se sentían obligados a dar explicaciones filológicas como la de que el hombre, para designar "humanidad", no incluyera a la mujer.

Por eso también la literatura de la vida obrera en los grandes centros urbanos (aquella anticipada por Orwell y continuada por Alan Sillitoe, Richard Hoggart y Osborne) fue una extensión natural de sus propios temas. La generación de los *angry young men* no le temía a la cultura de masas. Si a principios de siglo las universidades de Oxford y Cambridge eran exclusividad de las clases altas, en los cincuenta quedaron abiertas a un público más clasemediero y aun proletario (por un sistema de becas y promociones). También se abrieron y fomentaron nuevas universidades, de ladrillos todavía relucientes y sin añejar (*red-brick Universities*, en designación no siempre mejorativa, no siempre despectiva). Muchos para quienes los obstáculos de clase parecían antes insalvables, ahora se veían como los señores del orden inglés. Salidos de las universidades, asimilados y reconocidos por la sociedad, las muestras de favoritismo eran su orgullo o su protesta.

Un personaje clave de *Sigamos bajando* es el aspirante a novelista Flourish, cuya obra es vanguardista porque eso es lo que aprendió en la universidad que deben hacer los novelistas. La novela le llevará a este personaje nada menos que quince años terminarla, y "vivía preocupado, malhumorado y silencioso, salvo cuando el azar provocaba el despertar de algunos de sus resentimientos dormidos; en ese caso se volvía vehemente y retórico". Es contra esta clase de gente que reaccionaron los *angry young men*. Ante el cómodo conformismo o ante la ridícula protesta de quienes han perdido el contacto con la realidad.

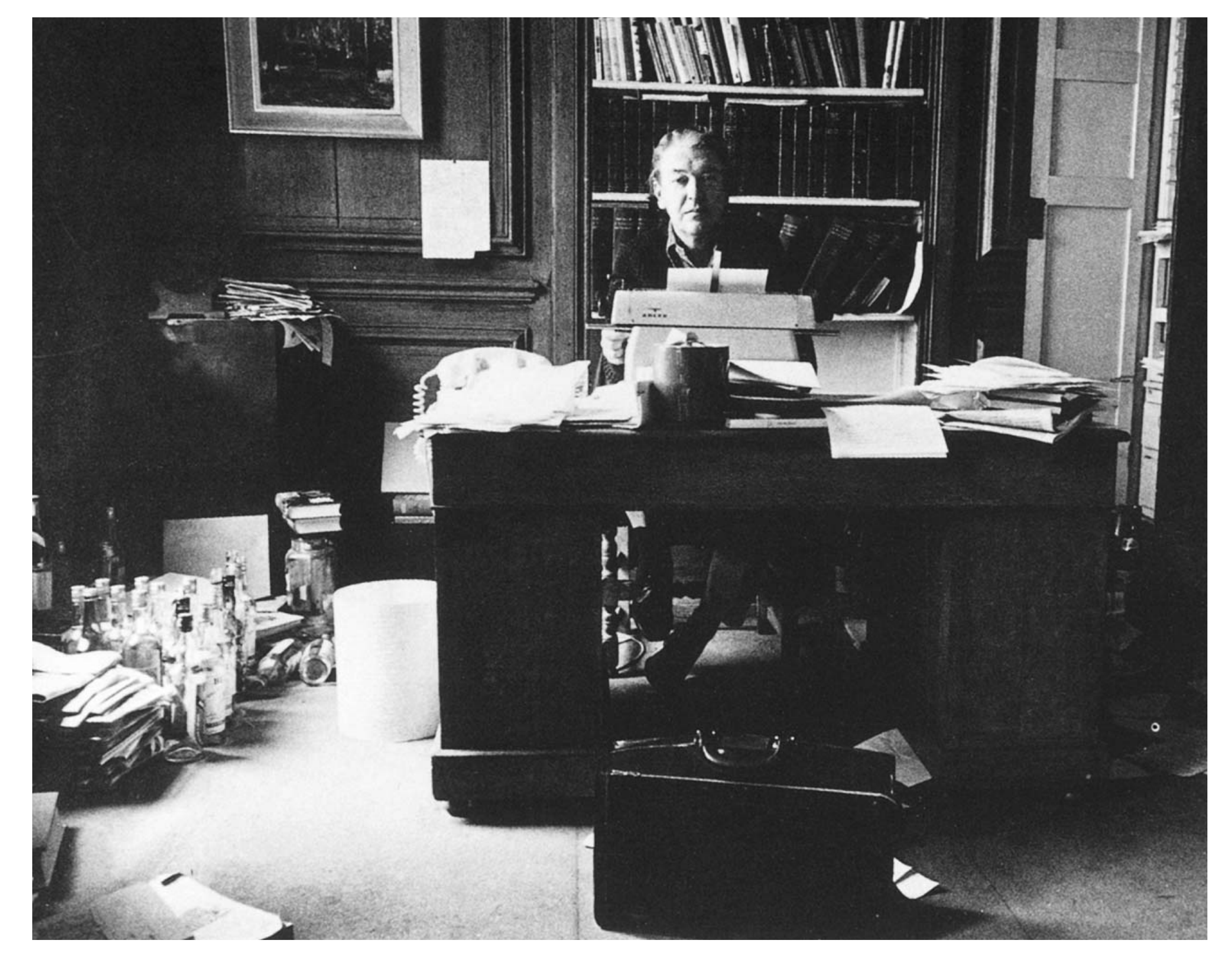
El gran escape

El segundo lustro de los años cincuenta en Inglaterra fue desconcertante desde todo punto de vista. Fueron los años en que estuvo marcada a fuego por dos acontecimientos: la bomba atómica y el colapso imperial. Pero también fueron años de alteraciones mucho más radicales que las ocurridas en los tímidos años veinte, o en los penosos treinta, o incluso en los heroicos, pero estáticos, años cuarenta. La gran revolución que despunta en los cincuenta no fue la vehiculizada por el creciente bienestar de los adultos dentro de un Estado de bienestar laborista sino de una nueva porción de la sociedad que, cada vez más, era imposible condensar en fórmulas clasistas. Nacían los adolescentes porque anteriormente se era niño o, en su defecto, adulto. A partir de los años cincuenta se da en Inglaterra una situación antes impensada: la evasión de las barreras de clase ya no era dada por el ingreso en el ejército, o en la cárcel. Nacía también el pop, cuyos admiradores adolescentes eran más indiferentes que hostiles al *establishment*.

Porque también los poetas más laureados y exquisitos de Inglaterra –además de Larkin, Donald Davie, Ted Hughes y Thom Gunn, que abandonó la precisión provincial británica por California– pertenecieron al Movimiento, fue indiferente para este nuevo grupo o sector social. Una obra como *Recordando con ira*, con tantos lamentos contra lo viejo y lo instituido, no tenía para ellos el menor significado. Si la obra de Osborne existe es gracias al viejo orden. Y aquí sí el adolescente coincide con otra dimensión de los jóvenes iracundos: la burla del *angry young man* estaba dirigida hacia un mundo al cual, secretamente, querían infiltrar. Pero el pop no tiene secretos y no tiene nada que ocultar. Como tampoco lo tendrá el punk, para que, por otra parte, las clases medias nunca son eróticas.

Los *angry young men* se distinguieron por el interés, aun la pasión, por formas democráticas de la cultura popular y de masas, como el jazz y el rock y el cine. No es casual que las formas favoritas provinieran de América. 1956 es el año de Elvis Presley (a cuya figura Thom Gunn dedicó uno de sus más famosos poemas) y de James Dean. La unión de ideal sexual y destino trágico, de la muerte joven, marcaría toda la historia posterior del rock y del pop, proponiendo y alertando un deseo al tiempo que se lo incentivaba señalando su punición. Un camarada de ruta de los *angry young men*, Colin MacInnes, publicó en 1958 un artículo clave, "Pop songs y teenagers", el primero acaso que acepta al pop en sus propios términos. Un *outsider*, MacInnes supo sin embargo introducirse y conocer los códigos de la cultura adolescente, en un trabajo que después deformarían con obstinación los Estudios Culturales.

"Inglaterra es, y siempre ha sido, un país infestado de gente que nos dice qué hacer, pero es un país de autistas que nunca saben qué está pasando", escribió MacInnes. Su novela *Absolute Beginners*, escrita durante 1958, marca un momento de giro radical: el



ARRIBA: KINGSLEY AMIS EN SU ESTUDIO EN 1974 (EN EL SUELO, UNA CONSIDERABLE CANTIDAD DE BOTELLAS VACÍAS).

ABAJO: ANTHONY POWELL, KA, PHILIP LARKIN Y HILARY BARDWELL (LONDRES, 1958)



El ideario de los *angry young men* se identificó muchas veces con una nueva sobriedad y con un placer desesperado por la comedia negra, la sátira y la iconoclastia. Cansados del internacionalismo cosmopolita, de la experimentación vanguardista, lo estaban más del individualismo romántico, de la figura del artista tortuoso, de la religiosidad y el martirio sensiblero que habían favorecido a muchos escritores de entreguerras.

rock'n'roll clásico parece haber llegado a uno de sus fines, Jerry Lee Lewis es expulsado de Inglaterra por la caza de los diarios sensacionalistas, Elvis está en el ejército, los últimos Teddy boys se empiezan a convertir en los primeros nazis del National Front.

Inglaterra me hizo así

El protagonista de *Lucky Jim* es Jim Dixon, joven apenas recibido de licenciado en Historia que quiere hacer carrera en la universidad. Su primer puesto es el de una ayudantía en la cátedra del profesor Welch. Dixon trabaja gratis: corrige los artículos del titular, arma las fichas, propone bibliografías. Pero Welch jamás relaja las jerarquías. Un inagotable resentimiento va inundando poco a poco las esperanzas del joven Dixon. Y comienza a imaginar los modos de vengarse en contra de Welch. Nunca los llevará a cabo porque tiene, lo que se dice, modales y equilibrio. Y porque quiere hacer carrera en la universidad. La hará también en la vida social en términos más amplios. Como *Lucky Jim*, otras novelas de los *angry young men* unen status social y status marital. Esto ocurre con *Jill* (otra novela precursora, del poeta Philip Larkin, 1946) y con *Sigamos bajando*; también con la posterior *That Uncertain Feeling* (del mismo Amis, 1955). La solución elegida por los jóvenes iracundos para dar un fin a la intriga dramática es convencional: la epopeya picaresca se termina con el casamiento.

Los autores, y los lectores, supieron reconocer el artificio. Sabían que de prolongarse el futuro de los protagonistas, no habría un final feliz. Son en cambio finales sexual y políticamente problemáticos: ¿cómo retener la admiración por antihéroes que acaban siendo partes de un mundo que despreciaron con tanta gracia durante tantísimas páginas?

La ficción de los *angry young men* está así obsesionada por el ascenso y descenso sociales. Como en deliberada respuesta a *Sigamos bajando*, John Braine publicó en 1957 una novela que lleva por título una metáfora espacial de signo contrario: *Room at the Top*, que transcurre en una pequeña ciudad de Yorkshire. Su héroe, Joe Lampton, es un descarado oportunista que trabaja en la municipalidad y que seduce, y se casa, con la próspera Susan Browne, a pesar de su pasión por una mujer también casada pero mayor, y un poco más infeliz. Lampton representa el cinismo cruel en contra de las buenas intenciones laboristas. Y sus ascensos y decepciones se acentúan en una continuación de 1962, *Life at the Top*.

La primera novela de Sillitoe, *Saturday Night and Sunday Morning* (1958), gira, en cambio, alrededor del semianarquista Arthur Seaton, obrero en una fábrica de bicicletas en Nottingham. Es rebeldón, renuente a lasautoridades y a las jerarquías, al gobierno, al ejército, a los vecinos que espían. Descarga su energía en las mujeres y en la bebida, y sus momentos tranquilos los pasa pescando en el canal. Su *affaire* con Brenda, casada con su compañero de trabajo Jack, encuentra un doblete en Winnie, hermana de Brenda, con la que empieza a tener sexo la noche en que Brenda intenta abortar con gin y agua caliente siguiendo la receta de su tía Ada. Esta doble relación se termina cuando unos soldados –uno de ellos el marido de Winnie– le dan una buena paliza. Entonces Arthur dirige su atención, por decirlo de algún modo, hacia Doreen, con quien promete casarse en el penúltimo capítulo. La actitud de Arthur resume la de muchos *angry young men*: es a la vez agresiva y evasiva. Cuando un sargento le dice a Arthur "Ahora eres un soldado y no un Teddy boy", él responde, tan argentino: "Yo soy yo y nadie más, y lo que los demás piensen que soy yo, yo no soy eso, porque no saben un carajo quién soy yo". Sillitoe escribió también el guión para el film homónimo de Karel Reisz (1960), que se convirtió en uno de los más célebres del cine británico. Décadas después, Sillitoe publicó una sobria continuación, *Birthday* (2002).

El hijo bobo

La autobiografía del escritor inglés Martin Amis, *Experiencia* (2000), cierra –casi como en un psicoanálisis exitoso– con la muerte de su padre, Kingsley Amis. Del mismo año es la publicación póstuma de las cartas del padre Kingsley, que han sabido refutar involuntariamente a toda una generación del país que promovió en los '90 a un joven escritor con la suficiente confianza en sí mismo como para publicar una precoz autobiografía con apenas 50 años cumplidos. El epistolario y las memorias admiten otros puntos en común. Kingsley Amis y Martin Amis ocuparon casi los mismos lugares como iconos en sus respectivas generaciones. Y los dos enfrentaron una más intensa adulación, imitación y atención mediática que la mayoría de sus contemporáneos. Pero cuando Martin decidió convertirse en escritor, y comenzó a trabajar con fanatismo para ganarse un puesto en Oxford, y a desarrollar su talento bajo las alas de Nabokov y Saul Bellow, su padre se burló. Nada personal: en el fondo era un enfrentamiento previsible por generacional. Si Kingsley representaba el antimodernismo en muchas direcciones, Martin fue en algún punto el abanderado del posmodernismo, el autor que se fascina por el *best-seller* (y por convertirse en un *best-seller*), y cuyos temas, generalmente mínimos, resultan fríos para el lector cuando hacen el ademán de convertirse en mayores.

Martin Amis comparte con los noventa la evasión, la fría oblicuidad hacia la vida, el progresismo en política, la actitud generosa y tolerante hacia las mujeres. Kingsley, por el contrario, es del todo "cincuenta": antifeminista y hasta misógino, con aversión por Europa, hostil al *outsider*, pesimista acerca de su propio país y conservador desde el punto de vista cultural, social y político. Pero estos rasgos, y la violencia que los acompañó, fueron los del ánimo del movimiento que dio en llamarse *angry young men*, equivalente contemporáneo e intelectual de los *beatniks* norteamericanos, y que este año cumple cincuenta años desde su nacimiento oficial.

DELIRIO
Laura Restrepo

Alfaguara
Buenos Aires, 2004
342 págs.



Historia de la locura

POR JONATHAN ROVNER

Aunque hay muchas explicaciones sobre el origen de la locura, cada loco tiene la suya propia. Y, casi siempre, esa explicación particular es la historia de una vida que se remonta, por lo menos, tres generaciones hacia atrás. Es por eso que reconstruir la historia de una locura particular es un ejercicio muy cercano a la ficción novelesca. Así lo prueba *Delirio*, la novela con que Laura Restrepo se ganó la última entrega del Premio Alfaguara.

Aguilar regresa a casa luego de un viaje corto y se encuentra a su esposa en medio de un brote psicótico. Ingenuo y desesperado, busca desentrañar la madeja de la locura, guiado por el solo impulso de su pasión amorosa. No obstante, a pesar de su frenética búsqueda, Aguilar descubrirá que poco y nada ha de servirle cuanto pueda averiguar sobre lo que ocurrió durante el viaje, ya que la locura de Agustina viene de mucho más atrás y de mucho más adentro.

En *Delirio*, la demencia de Agustina aparece como una superficie opaca y traslúcida al mismo tiempo, debajo de la cual se agitan recuerdos sepultados antes de nacer y verdades que nunca pudieron hablarse. En ese mundo subterráneo se esconde también la historia presente del continente americano. Desde allí, desde esa especie de pasado intemporal, el delirio de Agustina, anagrama de "angustia", nos llama la atención sobre algunas de sus más inquietantes posibilidades.

MacAlister, un antiguo novio de la infancia, hablándole a Agustina como en un susurro, o como si le escribiera una carta, le cuenta la historia de su propia vida, la de su familia, la de su clase y la de la decadencia que los arrastra. Buena parte de la novela está ambientada en los años ochenta y da cuenta del momento preciso en que el meganarcotraficante Pablo Escobar, convertido en una especie de divinidad todopoderosa, decide humillar a la oligarquía terrateniente colombiana. "¿Nápoles? Nápoles es el caprichoso nombre que le puso Pablo a una de sus muchas haciendas, una que queda en el corazón de la selva y que tiene tres piscinas olímpicas y pistas de motocross y un zoológico paradisíaco con elefantes, camellos, flamencos y toda suerte de bichos, porque ahí donde lo ve, Pablo es Greenpeace y deportista y de izquierda y defensor de los animales y todo eso. Pablo (...) me dice una frase, una sola frase que me abrió los ojos de una vez y para siempre: 'Qué pobres son los ricos de este país, amigo Midas, qué pobres son los ricos de este país'."

Entre la alegoría y el realismo, entre la sinopsis y el retrato, *Delirio* da buena cuenta de la realidad colombiana, de la naturaleza profunda que subyace como trasfondo de sus conflictos y sirve como advertencia para quienes creen que la locura es algo que escapa a toda lógica. Al contrario, *Delirio* nos permite entender la locura como una lógica que es familiar e histórica a la vez, pública y privada al mismo tiempo.



En nombre de Puig

LAS PELÍCULAS DE MI VIDA
Alberto Fuguet

Alfaguara
Santiago de Chile, 2003
382 págs.

POR MARIANO KAIRUZ

Hay una anécdota que Alberto Fuguet contó en varias entrevistas y que habla no sólo de su filiación sino también de uno de los temas principales que ha alimentado su obra: cuando su admirado José Donoso lo expulsó de su taller literario. Ya habían tenido alguna que otra disputa, pero el episodio determinante sobrevino cuando el alumno tuvo que escribir sobre su infancia. "Entonces conté sobre mi vecindario en California y él se enojó bastante", dijo Fuguet; "Donoso sentía que alguien que se había criado en California no tenía fisuras o dolor. Y le dije que no era así, que si quería hacer competencia de quién había sufrido más o lo había pasado peor, saliéramos a la plaza. Él me decía que no veía que pudiera surgir algo de un suburbio californiano –por último, si hubiera sido del Bronx...–."

Tironeado entre su infancia norteamericana y su adolescencia chilena, entre el inglés como primera lengua y el castellano de Santiago aprendido para sobrevivir, Fuguet hizo de su desgarro entre dos mundos una marca, una identidad que le valió parte de su fama como miembro de la renovación de la literatura latinoamericana en los '90, así como también le ganó muchos detractores. "Aprendí mucho, pero lo pasé muy mal durante mucho tiempo. Es algo que no le deseo a nadie", dijo en alguna entrevista. De esa historia de exilio en la que algunos términos parecieran estar "invertidos" –una familia que se muda del Primer Mundo al Tercero, que regresa a Santiago en plena dictadura pinochetista–, de ese relato de desarraigo, de innumerables elementos autobiográficos está compuesto el último libro de Fuguet.

Narrado en primera persona por el sismólogo Beltrán Soler, *Las películas de mi vida* está surcado por numerosas analogías entre los movimientos de la tierra y los "cimbronazos" que puntúan las vidas de las personas, los sacudones y eventualmente los derrumbes. "Ojalá el pasado estuviera lleno de esos hechos aislados y tremendos que uno pudiera usar en un momento de desesperación como ases bajo la manga a la hora de explicar por qué uno es como es –dice Soler–. La gente cree que esos hitos son terremotos, los momentos en que todo se vino abajo, pero lo cierto es que siempre está temblando." Pero Fuguet no abusa de ese recurso. La historia de Soler –y la de su familia, la de un sector golpista de la sociedad chilena espantada por el triunfo del comunismo que ven encarnado en la figura de Allende– está narrada a través de un listado de películas. Una idea disparada por una conversación del protagonista a bordo de un avión –escenario más que apropiado: en pleno tránsito entre Santiago y Los Angeles, sobre una superficie que se mueve– que deriva en algo que se parece un poco, tan sólo en su superficie, a las listas compulsivas de mucho cinéfilo de cineclub o de escuela. Fuguet cita el prólogo del esencial y casi homónimo *Los films de mi vida* de François Truffaut, pero su seleccionado está compuesto por películas que son, en general, bastante menos que prestigiosas, en muchos casos ignotas o de esas que suelen ser consideradas "menores". Varios títulos del cine catástrofe, algunas porquerías, muchos ejemplares que no parecen alojar más que un valor nostálgico; películas vistas en la infancia, en esos momentos de los que uno recuerda pormenores tales como la sala en la que se proyectaba o el estado del tiempo, tantos años atrás; o viejas clase B sufridas una tarde frente al televisor. *Las películas de mi vida* tiene cierto poder de contagio; convence de que cualquier autobiografía podría escribirse en torno del puñado de films que integran la filmoteca íntima de nuestros recuerdos personales. "El cine se vuelve parte de tus memorias", dijo Fuguet a Rodrigo Fresán en una entrevista de hace un par de años, cuando el libro era todavía un *work in progress* que acababa de pasar, primero, de proyecto de *nouvelle* a novela porque "creció un poco más de lo que correspondía" y, luego, a "una novela sobre cine que ojalá le hubiera gustado a Puig".

Perro que narra

EL NIÑO PEZ
Lucía Puenzo

Beatriz Viterbo
Rosario, 2004
170 págs.

POR MARINA MARIASCH

Dicen que los perros lo ven todo en blanco y negro. En algunas versiones cinematográficas, la visión canina también está filtrada por el gran angular. Como si los perros, además, vieran el mundo a través de anteojos con demasiado aumento. Serafín, el perro que narra en *El niño pez*, tiene una mirada que se traduce en un lenguaje joven y contemporáneo. La autora detrás del perro es Lucía Puenzo, una joven que, además de a la literatura, se dedica al cine.

A partir de esa elección que la emparienta con el Bioy Casares de *Dormir al sol*, Puenzo escribe su primera novela. Mientras se lee, pensar en su versión cinematográfica se vuelve casi inevitable. Las imágenes se trasladan de los paisajes de interiores de una casa de familia de clase media-alta a un escenario sudaca de *road movie*. Lo vertiginoso de las acciones acerca aún más el texto a ese género. Aquí pasa de todo: una chica, Lala, se enamora de otra chica, mata a su padre y huye. Su mamá también se había escapado, pero con su amante a la India. El padre es un intelectual prestigioso y renombrado, y el que le roba el amor (o al menos el sexo) a su hija enamorada. Y esa falta de respeto es la que desata la tragedia y el viaje.

Es fácil pensar que si *El niño pez* fuera una película, sería *Thelma y Louise*. Dos chicas distintas unidas por la pasión, la huida y la catarata de acontecimientos. Destellos de pop, como en esa sub-historia por la que una de las chicas había sido la noviecita de un muchacho que ahora es el galán más destacado de la televisión paraguaya. Todo hace pensar en esa carretera desierta surcada al medio por un descapotable rojo y los cabellos y brazos de dos mujeres al viento. Aunque aquí, en la novela de Lucía Puenzo y en la ruta que une el norte del Gran Buenos Aires con Asunción, no hay descapotables rojos ni desiertos. Igual, reír, llorar, la venganza, el riesgo, el sexo semiviolento, la sangre, son cosas que tienen lugar en los relatos así.

Sin embargo, tal vez sea más exacto comparar *El niño pez* con *La ciénaga* de Lucrecia Martel. No tanto por el clima denso, cargado de humedad, que aletarga los gestos y las acciones, sino por esa relación, lateral en la película de Martel, entre la niña de la casa y la empleada doméstica. La protagonista de *El niño pez* está enamorada de la Guayi, la chica que trabaja limpiando su casa. A Lala le encanta escuchar a la Guayi decir frases en guaraní y bañarse con ella apoyando la espalda contra su pecho. Las dos sueñan con vivir junto al lago Ypacaraí. Para eso juntan plata robándola de las carteras y billeteras que encuentran por la casa y la guardan en una caja de zapatos. Pero cuando la caja está llena, estalla. Estalla el deseo, los celos y la ira que hace que Lala mate a su padre. Pero esto es sólo el punto de partida.

La relación entre la novela de Puenzo y la película de Martel va más allá del hecho de que ambas compartan la presencia de una historia de amor entre mujeres. Puenzo retrata el choque de clases que hay entre Lala y la Guayi de manera similar a como lo hace Lucrecia Martel. Lo más extraño en la novela de Puenzo no es su tendencia a la súper acción, ni la coincidencia de sexo entre las dos protagonistas de la historia de amor, ni tampoco la perspectiva perruna. Lo que hace de esta narración un relato interesante es el cruce social entre la chica de Zona Norte y la paraguayita. Por alguna razón sociológica poco precisa, las calificacionesde "alta" y "baja" que corresponden a las clases de pertenencia se alteran en la relación entre los personajes. Esto mismo sucede en la película de Martel. Y las características de sensatez (frente a la impulsividad), racionalidad (frente a la pasión), inteligencia (frente a la sinrazón), les son adjudicadas, contradiciendo el estereotipo, al personaje de clase inferior. A pesar de ello, cada una de las chicas no pierde las características propias de origen.

Por debajo de todo eso, al fondo del lago, está el niño pez, una figura mítica que tiñe el relato. Pero el mito de origen de este texto probablemente no esté en una leyenda guaraní sino en el árbol frondoso de la literatura de los predecesores contemporáneos. Aquel que dio como fruto a una generación que podría llamarse los hijos de Aira.

En carne viva

WOOLF, LA VOZ PROPIA
Soledad Vallejos

Longseller
Buenos Aires, 2003
142 págs.

POR MARTÍN DE AMBROSIO

Virginia Woolf (1882-1941) convivió con el colapso de la sociedad victoriana y, podría decirse, en cierto sentido es una de las escritoras que resumen el final de una época. Pese a su modesto socialismo, su militante feminismo y a algunos supuestos *affaires* homosexuales que ciertamente la distancian de ese paradigma cultural tan fructífero para la Inglaterra imperialista del siglo XIX, Virginia fue criada dentro de ese rígido marco victoriano: está claro que sentía repulsión por los deseos sexuales y, aun casada con Leonard Woolf, rechazaba cualquier encuentro, no le gustaba que la besaran y no toleraba el contacto físico. Incluso llegó a escribirle al esposo: "La violencia de tu deseo físico a veces me irrita, no me atraes físicamente. Hay momentos, cuando me besaste el otro día, por ejemplo, en que tengo la impresión de ser de piedra". El amor con su marido tiene tan poco de sexual que insinúa un par de veces en sus diarios los deseos de tener hijos, pero sin pasar por esos engorrosos trámites, por otro lado imprescindibles. Si ha de creerse en el psicoanálisis, tal vez semejante represión sexual la haya llevado a las alucinaciones, la manía depresiva y a los numerosos intentos de suicidio que jalonan su vida hasta el último, que fue exitoso. En el medio, Virginia Woolf construye una sólida carrera como novelista, se codea con el grupo de Bloomsbury, y hasta funda una editorial que se da el lujo de rechazar un manuscrito con nombre de héroe griego que le acercó un irlandés de apellido Joyce.

Soledad Vallejos, periodista del suplemento **Las12** de este diario y también autora de *George Sand, escritora indomable* y de *Colette, entre la literatura y la transgresión*, muestra en esta biografía una gran versatilidad para llevar adelante el relato de un modo clásico, cronológico, enlazando algunos sucesos de la vida de Woolf con sus principales obras. Vallejos, hábilmente, impide que sus opiniones se inmiscuyan en un relato que cuenta, por ejemplo, cuán conflictivos fueron los procesos de escritura de *Mrs. Dalloway*, *Orlando* o *Entreactos* y los intentos infructuosos de Leonard por lograr una estabilidad emocional para Virginia.

Paralelamente a esa lucha contra los demonios internos, se puede entrever un poco de la vida social de aquellas elites inglesas que jugaban a la vanguardia, adherían a alguna variante de socialismo pese a su situación material y buscaban una revolución en el plano estético. Así es que se narran algunos encuentros dignos de mención con Sigmund Freud (Adrian, hermano menor de Virginia, sería luego uno de los primeros psicoanalistas de Gran Bretaña), Bertrand Russell ("las matemáticas son la forma más elevada de arte", anotó Virginia que le dijo el filósofo), y su relación con Katherine Mansfield y Vita Sackville-West, de quienes estuvo enamorada.

DERECHA: ANDREAS VESALIUS SEGÚN SU DE HUMANI CORPORIS FABRICA (1543). IZQUIERDA: COPÉRNICO, KEPLER Y GALILEO CON EL TELESCOPIO DE ESTE ÚLTIMO Y EL NUEVO MODO DEL UNIVERSO (SEGÚN UN GRABADO DE 1640)

NOTICIAS DEL MUNDO

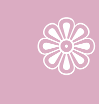
NOTICIAS DEL MUNDO

Chaco montaraz La Asociación Argentina de Estudios Americanos organiza entre el 5 y el 8 de agosto próximos las XXXVI Jornadas de Estudios Americanos en la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Nordeste (Resistencia). Las áreas temáticas previstas van desde las relaciones interculturales (los Estados Unidos y el mundo) y los estudios culturales aplicados a temas estadounidenses y/o comparados. La fecha límite para la recepción de los resúmenes ha sido fijada para el 15 de julio próximo y se recibirán, preferentemente, por correo electrónico a estudiosamericanos@yahoo.com.ar (mayores informes pueden solicitarse en la misma dirección). También se recibirán por correo postal a la sede porteña de la Asociación Argentina de Estudios Americanos (Victorino de la Plaza 1570, CP: 1428, Buenos Aires).

Habla, poeta En el marco del centenario de Pablo Neruda, la revista *Casagrande* realizará una performance en que se intentará establecer comunicación con el ganador del Premio Nobel. Quienes asistan, podrán hacerle preguntas al poeta. Para establecer la comunicación, los de *Casagrande* utilizarán los servicios de una médium, que convocará a Neruda este domingo a la medianoche en el Teatro Camino, que dirige Héctor Noguera, quien piensa dedicarse a celebrar cumpleaños de poetas muertos. El intento puede parecer un poco cándido, si no fuera porque los participantes deberán abonar entrada. Los próximos cumpleaños de poetas que se celebrarán en Teatro Camino son los de Enrique Lihn (viernes 3 de septiembre), Violeta Parra (lunes 4 de octubre) y Jorge Cáceres (20 de diciembre).

Nietzsche 2.4 La revista *Instantes y Azares-Escrituras Nietzscheanas*, la Sociedad Iberoamericana Nietzsche y la Secretaría de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA coorganizan las IV Jornadas Internacionales Nietzsche y II Simposio de la Sociedad Iberoamericana Nietzsche, bajo el lema Actualidad e inactualidad de un intempestivo a 160 años de su nacimiento. Se aceptarán ponencias hasta el próximo 15 de agosto de 2004. Más detalles de la convocatoria pueden consultarse en http://www.filo.uba.ar/contenidos/secretarias/seube/jornadas2004/pagina_principal.ht

La verdad absoluta



HISTORIA DE LA CIENCIA (1443-2001)
John Gribbin

Trad. Mercedes García Garmilla
Crítica
Barcelona, 2003
550 págs.

POR LEONARDO MOLEDO

Escribir una historia de la ciencia es difícil, ya sea en quinientas páginas o en una sola; la *Historia de la ciencia* de Gribbin, que aquí se comenta, opta por las quinientas y no escapa a las generales de la ley. Desde ya, un comentario y crítica debe demorarse tanto en los aspectos históricos propiamente dichos, como en los literarios y metodológicos.

Ante todo, está el enfoque: en la coda final, unas tres páginas que cierran el libro (y que tal vez deberían abrirlo) Gribbin lo explicita: "Aunque cada científico y cada generación de científicos existe y trabaja en el contexto de su época, construyendo sobre lo que se ha hecho antes y con la ayuda de la tecnología que tiene a su alcance, sin embargo su contribución la realiza como individuo. Por consiguiente me ha parecido natural utilizar un planteamiento esencialmente biográfico para la historia de la ciencia".

Con esta petición de principios, es natural que el libro de Gribbin resulte finalmente más una historia de científicos que de teorías o problemas; centrada, desde ya, en las figuras emblemáticas (Copérnico, Galileo, Newton, Faraday, Darwin, entre una larga lista), clásicos, con toda justicia, de la hagiografía del tema.

Esta manera de concebir la disciplina admite, desde ya, una crítica metodológica; aquellos que consideran que la historia de la ciencia hecha "a la manera de Sarton" representa un estigma, no vacilarán en emitir una dura condena ya sea en nombre de las escuelas sociologistas actuales, de mentalidades (representada por Koyré), o el instrumentalismo de Duhem.

Pero el volumen de Gribbin no pretende ser una historia académica; un poco en la línea que Gribbin cultivó en sus libros de divulgación, trata de aproximarse más bien al relato (de allí el enfoque biográfico, que le viene como anillo al dedo) y, en ese sentido –y sólo en ése–, las historias de vida que aparecen una y otra vez no vienen mal. De todas maneras, el enfoque tiene la desventaja de que, con el correr de las páginas, empieza a hacerse pesado y poco funcional (puede situarse el punto de quiebre en la biografía de John Ray). El lector que ya ha transitado las historias de Newton, Kepler, etc., empieza a sentirse fatigado por la preeminencia de la biografía sobre la teoría y exige un poco más de esta última, más hincapié en las hipótesis en juego y los problemas a resolver que en la personalidad de los descubridores, que tienen un protagonismo excesivo. Porque, al fin de cuentas, no es verdad que los científicos trabajen de manera individual; son científicos *en tanto que* miembros de un colectivo (de científicos, de personas, de intelectuales, según la posición que se adopte) que piensa al mismo tiempo que ellos, y muchas veces con ellos, y sólo en función de ese colectivo sus descubrimientos adquieren sentido.

Pero sea: es lo que el autor quiere hacer, y dentro de ese panorama sobrepersonalizado hay que destacar como verdaderamente interesante la forma en que Gribbin aborda una figura tan controversial como la de Newton. Por un lado Newton es considerado –seguramente con justicia– el más impresionante científico que jamás haya existido. Este común delirio hagiográfico no oculta el hecho de que Newton fue además una muy mala y desagradable persona, a medias demente, tanto en su contracción obsesiva a la alquimia y a la teología como

LA CIENCIA SALE DEL ARMARIO

AHÍ VIENE LA PLAGA: VIRUS EMERGENTES, EPIDEMIAS Y PANDEMIAS
Mario Lozano

Siglo XXI
Buenos Aires, 2004
126 págs.

UNA TUMBA PARA LOS ROMANOV Y OTRAS HISTORIAS CON ADN
Raúl Alzogaray

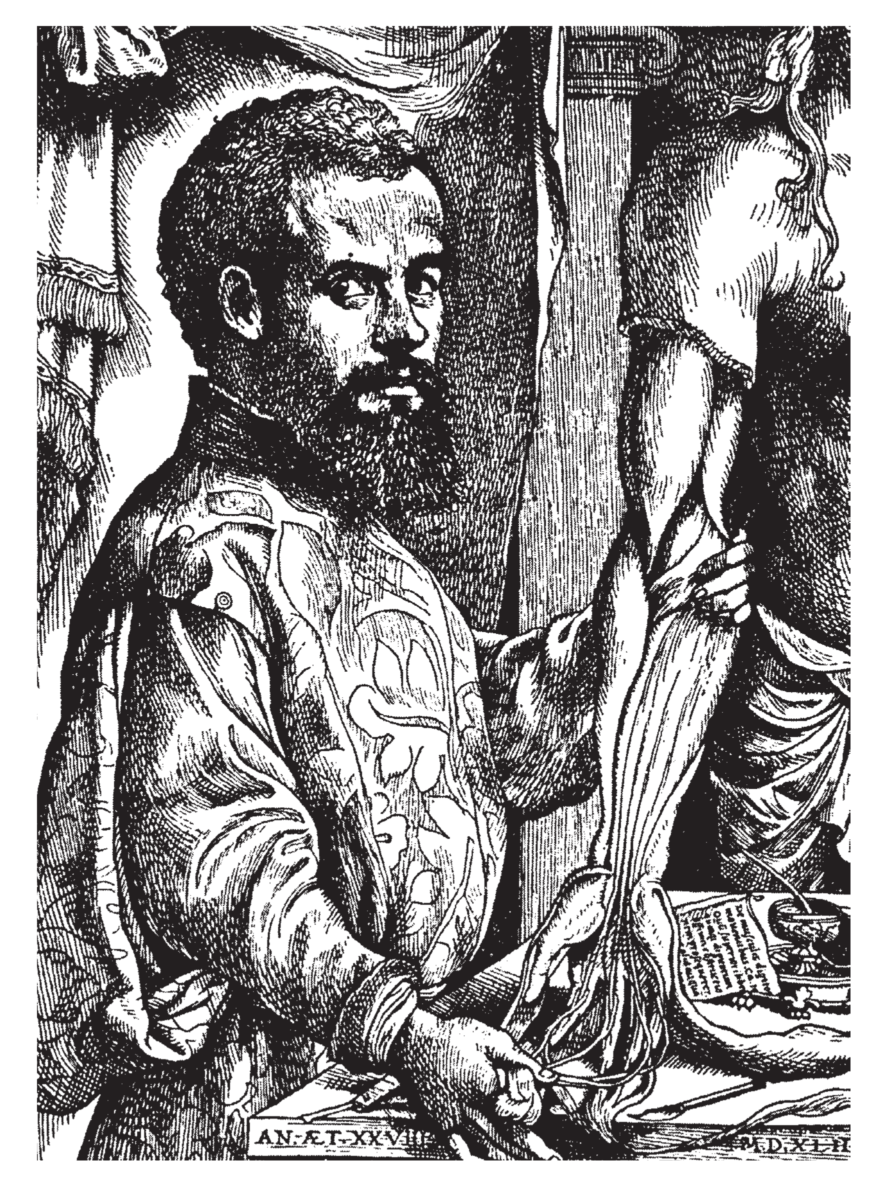
Siglo XXI
Buenos Aires, 2004
124 págs.

EL HUEVO Y LA GALLINA: MANUAL DE INSTRUCCIONES PARA CONSTRUIR UN ANIMAL
Gabriel Gellon

Siglo XXI
Buenos Aires, 2004
128 págs.

EL COCINERO CIENTÍFICO: CUANDO LA CIENCIA SE METE EN LA COCINA
Diego Golombek y Pablo Schwarzbaum

Siglo XXI
Buenos Aires, 2004
128 págs.





al empeño con que se dedicó a la destrucción material y moral de sus rivales científicos de la Royal Society (Leibniz, o el brillante Hooke, a quien consiguió casi borrar de los anales científicos). Newton hizo muchísimo por la ciencia, pero mucho daño a la historia de la ciencia, y Gribbin, justamente (y no poco mérito en un inglés), analiza la figura de Newton sin olvidar ninguno –absolutamente ninguno– de esos desagradables parámetros, contraponiéndola a la de Hooke, a quien restablece en sus justos y brillantes méritos.

Hay otro aspecto metodológico (o filosófico) que Gribbin aborda en la coda: "Rechazo la idea kuhniana de las revoluciones dentro de la ciencia y veo el desarrollo del tema como un proceso esencialmente incremental". Es decir, en la polémica todavía no cerrada que Kuhn inició con *La estructura de las revoluciones científicas*, Gribbin toma un partido explícito por las tesis gradualistas, y consecuentemente, en sus páginas, la aventura científica se desarrolla paso a paso, por obra y gracia de personalidades individuales, y no se enfatizan los quiebres. Es difícil saber si la interpretación kuhniana es válida; de hecho, no lo es a ultranza, aunque la teoría de las revoluciones y de la ciencia normal proporciona poderosas (e interesantes) herramientas de análisis (que en cierto modo el autor usa al principio, en el escenario de la revolución científica, donde el paradigma kuhniano es más potente, y casi podría decirse inevitable). Pero desde ya, el gradualismo conspira en contra de la tensión novelesca. Además, al dejar de lado la interpretación kuhniana (que dio lugar a la escuela sociologista en historia y filosofía de la ciencia), destierra desde el vamos toda interpretación relacionada con el contexto que si bien no determina las teorías les da muchas veces forma, y menos que menos la consideración de una teoría (o una problemática) como derivada únicamente del contexto cultural (lo cual, a decir verdad, no es tan malo, aunque sólo sea por contrariar la moda). Así, y pese al enfoque biográfico, asistimos a una historia *interna* en el sentido de Lakatos, aunque sin la ambigüedad que este último proponía en torno de la verdad (otro de los problemas que aparecen al enfrentarse a la historia de la ciencia). Para Gribbin, la ciencia es testimonio de la verdad absoluta, y la marcha de la empresa científica es la de una aproximación paulatina a la verdad.

Dicho todo esto sobre las falencias en el análisis, es preciso aclarar que a Gribbin (al menos en este volumen) no le interesa analizar sino contar y, en ese sentido, y con las precauciones antes señaladas, su historia es razonable. Funciona, más como libro de consulta que como "novela de la ciencia" o lectura académica. Que su alcance, como lo proclama el título, llegue hasta el siglo XXI no es tan crucial como parece a primera vista, ya que Gribbin, lógicamente, es muy cauteloso con los últimos descubrimientos y resultados. También –y ésta es una crítica corporativa– le da menos lugar a las matemáticas, ciencia estructurante si las hay, que el que merecerían.

POR FEDERICO KUKSO

Desde que se afianzó como género literario en el siglo XVII con *Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo, tolemaico e copernicano* (1632) de Galileo Galilei, la divulgación científica oscila permanentemente entre la distorsión y la distancia extrema (horrorizar al lector *lego* y hacerle jurar que no invertirá nunca más un peso en esta clase de libros). Así, caer en el punto justo en el que estas dos fuerzas se cancelan mutuamente es ya dar por sentado que se ha cumplido con el "mandato divulgativo": transmitir al público no especializado los conocimientos y resultados a los que ha llegado una peculiar comunidad que muchas veces quiere hacerse oír pero no sabe cómo.

La tarea es ardua, pero los cuatro nuevos títulos de la colección "Ciencia que ladra" (Universidad de Quilmes-Siglo XXI) dirigida por Diego Golombek salen a flote sin aburrir y sin dejar al lector abandonado en la primera página. El primero en salir del laboratorio (en una especie de *coming out* científico) es el bioquímico Mario Lozano (Universidad de Quilmes, investigador del Conicet) que en *Ahí viene la plaga* se despacha con historias mínimas de peligros grandes: epidemias mortíferas como la de la viruela que diezmó a la humanidad por siglos, pero que –por suerte y obra y gracia de la investigación médica– fue erradicada del planeta en 1977, con la pequeña salvedad de que dos muestras del virus se confinaron congeladas en un laboratorio estadounidense y otro ruso. Por ahora, ambas aguardan que cualquier loco las robe y, con ellas en mano, desate una guerra bacteriológica global. En *Una tumba para los Romanov,* de Raúl Alzogaray (del Centro de Investigaciones de Plagas e Insecticidas), la protagonista no es otra que la "molécula de la vida", el ADN, que, además de contener todas las instrucciones para "construir" un organismo (lo cual no es poca cosa) es capaz tanto de delatar al más perfeccionista de los violadores y asesinos –y ayudar a los detectives científicos a ponerlos tras las rejas– como de identificar a supuestos descendientes de zares y zarinas rusas, y hacer lo mismo con los hijos de desaparecidos durante la última dictadura militar argentina.

La colección se nutre también con toques de embriología (mejor llamada "biología del desarrollo") que aporta Gabriel Gellon en *El huevo y la gallina.* Allí, el biólogo se esmera por desmarañar esa suerte de manual de instrucciones que anida en el óvulo fecundado al inicio de la gestación y que hace que la piel de una cebra sea parte blanca y parte negra y que los ojos aparezcan en la cara (y no en la barriga, por ejemplo).

Y, finalmente, para hacerle frente a aquellos que piensan que la ciencia es desabrida, insípida y muy ajena a los vericuetos de la vida cotidiana, en *El cocinero científico*, Golombek y Pablo Schwarzbaum convierten las cocinas del mundo en pequeños laboratorios caseros donde todo lo que uno diariamente se lleva a la boca tiene una razón de ser: por qué tantos rioplatenses se rinden a los pies de la yerba mate, cómo hacer los huevos hervidos más sabrosos y los secretos del mejor chocolate (prohibido por la Iglesia durante bastante tiempo por ser "obra de magos y hechiceros") sazonan este libro rebosante de alquimia culinaria que impele al lector a acompañarlo con una bebida y un plato distinto por capítulo.

EL EXTRANJERO

EL EXTRANJERO

THE BODY OF JONAH BOYD
David Leavitt

Bloomsbury
Nueva York, 2004
216 págs.

Sorpresivamente –luego de un librito por encargo sobre Florencia y de los relatos correctos pero previsibles *El edredón de mármol*–, David Leavitt ha escrito un libro inesperado, diferente y graciosísimo. Y es que las novedades son muchas en ésta, su sexta novela: su janeausteniana narradora es una mujer (la joven huérfana de madre y apaciblemente obesa Judith "Denny" Denham, casi abducida por la familia Wright y quien, por momentos, se pregunta si no estará tomando parte sin darse cuenta de "un experimento psicológico"); la acción transcurre a finales de los años '60 en un imaginario suburbio de California universitario llamado Wellspring cuyas calles llevan el nombre de estados mutantes (como Calibraska y Orechusetts); y por una vez el argumento no pasa por la problemática gay. Leavitt sí reincide –como en varios cuentos, como en *Mientras Inglaterra duerme* y en *Martin Bauman*– en el análisis de los efectos inmediatos y residuales de la súbita y perturbadora presencia de un escritor en un ecosistema, así como en los dilemas de la propiedad intelectual y la autoría. Y en esta logradísima farsa familiar de *campus* los escritores son varios: por un lado está la ya mencionada Judith (involuntaria "organizadora" de los *papers* del psicólogo y *pater familias* Ernest Wright, además de su resignada amante); por otro, el adolescente ultrafóbico y aspirante a poeta Ben Wright. Y, claro, el afamado novelista Jonah Boyd, quien llega junto a la mejor amiga de Nancy Wright (esposa de Ernest obsesionada por su casa en la avenida Florizona y uno de los personajes más neurohistéricos de los que se tenga memoria desde la Mrs. Robinson de *El graduado*) a pasar un inolvidable y catastrófico Día de Acción de Gracias. Esta festividad constituye las cincuenta páginas centrales de la novela –donde unas libretas de las que Jonah Boyd lee parte de su *work in progress* se "extravían"– y pueden considerarse como un cruel y desopilante *tour-de-force* dentro de la obra de Leavitt recordando un poco al vértigo demencial de otra comedia "con escritores": aquella *Chicos prodigiosos* de Michael Chabon.

Buena parte de la diversión pasa por la mirada siempre implacable de la plácida y voyeurística integral Judith, una cronista memoriosa, treinta años después, ocupada tanto de lo que los otros piensan como de lo que piensa ella de ellos con mirada de testigo privilegiado. Y es que Judith se sabe secuestrada por estas personas que no la dejan vivir en paz pero sin cuyas guerras domésticas no podría vivir ella. Las poco más de doscientas páginas del libro se leen veloces, sonriendo por la acumulación de crueldades, y uno acaba tan satisfecho como Judith y sintiéndose, también, invitado a esta casa que recuerda a varias casas: la de *¿Quién le teme a Virginia Woolf?* de Albee, la de "Justo antes de la guerra con los esquimales" de Salinger, o la de *Los Royal Tenenbaum* de Anderson. Y al final, en una formidable vuelta de tuerca, una literalmente "autorizada" Judith, al fin libre y victoriosa, vive para contarlo. Para contarlo todo.

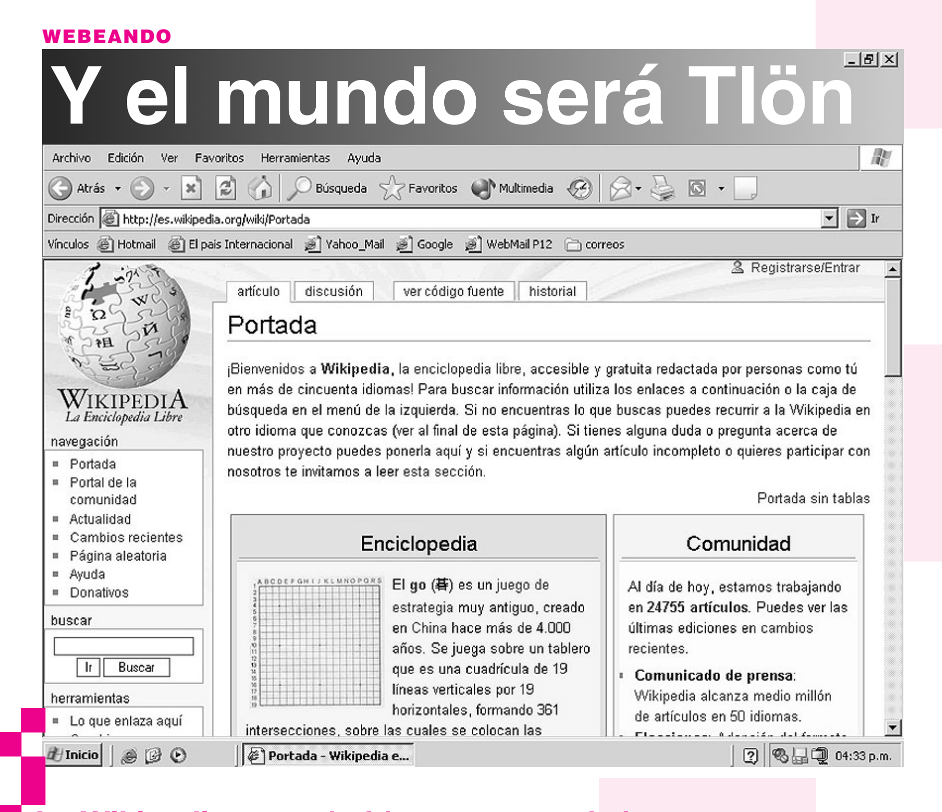
RODRIGO FRESÁN

Aclaración

En la nota "Un grano en la lengua" publicada el domingo anterior, donde decía Movimiento Nacional de Fábricas Recuperadas debió decir Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas.

WEBEANDO

Y el mundo será Tlön



La Wikipedia es probablemente uno de los proyectos colectivos más exitosos de la red: completamente gratuita, abierta a la colaboración de todos y de cualquiera, escrita en todas las lenguas, se trata de una enciclopedia que cuenta ya con más de 500 mil artículos (la mayoría de ellos excelentes) sobre todos los tópicos del conocimiento humano.

POR ARIEL MAGNUS

Se acabó la idea autoritaria y verticalista de que la enciclopedia es una serie de voluminosos volúmenes respetablemente encuadernados desde donde personas sin dudas competentes, avaladas por años y aún décadas de dedicación exclusiva a su tema, nos explican el universo. Hoy, la enciclopedia se basa en ideales democráticos: unos saben una cosa, los otros otra, los de más allá una tercera, y cada uno dice lo que sabe para que todos sepamos todo. ¿Pero si el que decía que sabía en realidad no sabía? Se discute y se reescribe, y así una y otra vez hasta que todos estén de acuerdo. *Www.wikipedia.org* se llama este proyecto de enciclopedia libre que empezó en el 2001 y ya lleva almacenado más 500 mil artículos en unos 50 idiomas, entre ellos el español, el latín, el esperanto y hasta la interlingua. Al igual que los weblogs, no hace falta saber nada de programación para subir un artículo a la red. Wiki –"rápido" en hawaiano– es un software que no sólo permite que cualquiera pueda editar cualquier página sino que, además, guarda registro de todos los cambios realizados. Su origen está en el GNU (*gnu.org*) y el Linux, un sistema operativo opuesto al Windows en el sentido de que no contiene ningún secreto y está abierto a todo aquel que se sienta capacitado para mejorarlo. GNU quiso desarrollar una enciclopedia libre, la Nupedia le ganó de mano y se acoplaron, pero luego la Wikipedia arrasó con los dos. Con una repercusión mediática sin precedentes incluso para el longevo Linux, la Wikipedia ya puede ser declarada el proyecto comunitario virtual más exitoso de la historia de la web.

VÁNDALOS EN OFF LINE

Cualquiera puede escribir, discutir, corregir, sin necesidad de poner su nombre real si prefiere el elegante anonimato. Esta prerrogativa tiene su lado negativo. "Un problema constante en Wikipedia –advierte la página en español– es el vandalismo a la que es sometida" (la palabra "vandalismo" está en rojo, lo que significa que aún no ha sido definida, pero basta hacer un clic para proponer una definición). Los ataques, al parecer, son pocos y suelen ser controlados rápidamente. "Los urbanistas y criminólogos hablan del 'síndrome de la ventana rota'", dice Ward Cunnigham, autor de *The Wiki Way* (*wiki.org*) y creador del primer software Wiki. "Si los vecinos permiten que la ventana quede así, el vecindario entero se deteriora." Por eso es que los daños tienden a ser señalizados y extirpados en pocas horas, a veces en minutos, y hasta los *hackers* más tozudos terminan aburriéndose. Con todo, los artículos atacados y los "oficiales" de la página misma están protegidos contra nuevos ataques y no pueden ser modificados.

Pero el sistema de "control civil" comienza en realidad antes, con la redacción misma de los artículos. "La única forma de escribir algo que sobreviva es que sea aceptado por alguien que piense diametralmente opuesto a uno mismo", explica Jimmy Wales, fundador de la Wikipedia. Uno de los axiomas fundamentales de esta filosofía es el NPOV, Neutral Point of View. "La neutralidad no es ocultar puntos de vista –explica el *Manual de estilo*– sino mostrar la diversidad para que cada persona adopte la opinión de su preferencia." Un listado de "páginas sospechosas de no neutralidad" reúne denuncias contra artículos sobre Cuba, la Iglesia o el País Vasco, entre otros. "Hasta la desaparición de esta advertencia –se avisa en la cabeza de los artículos sospechosos–, su contenido no debe ser considerado objetivo." Bajo el rubro "discusión" se pueden leer las objeciones y contraobjeciones. También, claro, meter algún bocadillo propio.

HABLEMOS EN SERIO

La misma idea de este *work in progress* hace que todos sus colaboradores se esfuercen por utilizar el tono serio y objetivo de las enciclopedias tradicionales. Vale decir: quien navegue el asunto en busca de diversión se verá *wikidamente* decepcionado. La "Página Aleatoria", porejemplo, tira al azar una definición apropiada de algo que uno no necesariamente quiere saber; los foros de discusión no ceden al exabrupto o la guarangada, que son el deleite de todo espectador no interesado en el tópico. Los artículos son de hecho tan decentes que más bien inspiran confianza (como no podía ser de otra manera, es insuperable en todos los puntos el artículo redactado en inglés sobre *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius* de Jorge Luis Borges), y lo más probable es que tarde o temprano todo el que llega a curiosear termine volviendo para hacer consultas precisas y en serio. Sobre todo en lo que se refiere a neologismos, sucesos muy actuales o terminología cibernética, la Wikipedia es una solución bastante más efectiva que las enciclopedias (cibernéticas) tradicionales.

Otro de sus fuertes son las efemérides y los proyectos paralelos, como el diccionario multilingüe Wiktionary, la colección de citas de Wikiquot o la biblioteca virtual de Wikibooks. Y los enlaces, por supuesto. "En el universo", se lee en la entrada "Enciclopedia" de la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alambert, "no hay ninguna cosa que se pueda llamar primera o última: todo está relacionado". Mediante las palabras resaltadas en azul y los enlaces a páginas externas, ese universo que los franceses no podían reproducir en su libraco se hace realidad en la pantalla.

No sorprende, pues, que la Wikipedia ya reciba más visitantes que la enciclopedia *Columbia* o la *Británica*. Alguna de sus entradas fue citada en un juicio en Estados Unidos, su estilo ya sirvió en una escuela de periodismo hongkonguesa como muestra de cómo escribir "desapasionadamente para un público internacional". La idea de hacer una versión "1.0" en DVD–ROM o incluso en papel es tal vez problemática, pero al menos ya empezó a circular. En todo caso, los que comercian con el saber enciclopédico tienen razones para ir preocupándose por esta nueva competencia idealista.

LA NAVE DE LOS SABIOS

Aunque a veces anda lenta o no anda en absoluto por problemas de *hardware*, las ventajas de la Wiki frente a otras enciclopedias *online* son evidentes: es gratis, no tiene publicidad, no es deliberadamente tendenciosa (una honrosa excepción, al menos en lo que respecta a los dos primeros ítem, es la *Enciclopedia británica* de 1911, esa que amaba Borges y ahora se intenta reproducir morosamente en *1911encyclopeida.org*). Con respecto a las de papel, por su parte, la Wikipedia presenta una sola desventaja: las fotos, además de pocas, no atrapan intempestivamente como cuando se pasan las páginas con la mano. Eso y la sensación, hija del escepticismo más elitista, de que nos sometemos al saber de alguien que no conocemos, no avalado para instruirnos más que por el hecho de saber escribir y tener acceso a Internet. Peor aún: la posibilidad de hacer público que no estamos de acuerdo o creemos saber más nos quita el dulce encanto de quejarnos o burlarnos de los enciclopedistas. Somos, todos, nietos de Diderot y D'Alambert: a callar, o a hacerse cargo.